

Adore en que quedó á consecuencia del pecado, sino tambien á lo que enseña la esperiencia diaria respecto á los que se proponen no seguir mas reglas ni mas culto que las inspiraciones de la razon natural.

En una palabra, el deísmo no es mas que el hombre entregado á sí mismo, buscando, sin mas antorcha que la escasa luz de su razon, el Dios á quien debe adorar, y los mandamientos que debe cumplir. Tarea difícil, proyecto de imposible realizacion, en que se estrellaron las colosales fuerzas de los mas grandes ingenios del mundo. Platon, Aristóteles, Sócrates, Ciceron, son una prueba de ello. Toda secta que profesa el principio del *libre examen* es consiguientemente deísta, ó viene á parar al deísmo. La religion natural tendrá tantos simbolos, cuantos sean los *libres pensadores*.

No hay un hombre racional que sea deísta por conviccion.

33 Y ULTIMA CONSIDERACION. No queda pues mas recurso que abrazar la religion católica, apostólica, romana. Una y mil veces felices aquellos que han nacido en el seno de la Iglesia católica, viven en ella como hijos dóciles, y mueren respondiendo con la primera palabra del simbolo á las preguntas del sacerdote que le pide cuenta de su fé.

Concluiremos este escrito con un artículo que se publicó en *La Iglesia*, revista de ciencias eclesiásticas, que salia á luz en Madrid, firmado por su director D. JUAN GONALEZ; y es como sigue:

TRES MEDIOS

PARA CONOCER

LA VERDADERA IGLESIA

CONTRA LOS PROTESTANTES.

No hay que hacer grandes esfuerzos para combatir el protestantismo cuando nos disputa la herencia de la fé. Toda la doctrina religiosa estriba sobre unos cuantos principios, desde los cuales es muy sencillo descender hasta las verdades menos importantes; digámoslo así, y reducir á ciencia el conjunto de puntos creibles y creídos que constituyen el sagrado depósito de la creencia católica.

Admitida la creacion del hombre para servir á Dios y gozarle; supuesta la caída primitiva y el trastorno ocurrido con aquel motivo en la naturaleza moral; y aceptando la redencion como un remedio contra las llagas que en el hombre abriera el crimen de su primer padre, nos colocamos inmediatamente en un punto de vista desde donde podemos dominar el espacioso horizonte que el ojo de la fé descubre desde el tiempo hasta la eternidad. Y no se diga que esos hechos son disputables; pues el protestantismo los confiesa, y la misma filosofia anti-cristiana tiene que rendirse al testimonio del género humano, que los demuestra.

Esto supuesto, cuando el protestantismo disputa la legitimidad de la Iglesia católica, debemos obligarle á que confiese que la Iglesia verdadera debe conocerse por su *antigüedad*, por su *autoridad* y por su *unidad*.

La verdadera Iglesia debe de ser *antigua*, porque habiendo sido instituida por Jesucristo para ser la depositaria de su doctrina, es claro que tendrá que remontarse hasta la época en que vivió en el mundo el Salvador de los hombres. Todo lo que

no sea subir á este origen, es señal de falsedad en la presente cuestion. La Iglesia de los donatistas nació tres siglos despues: luego no puede ser la verdadera, y en efecto no lo ha sido. Otro tanto decimos de los waldenses y albigenses, y lo mismo podemos aplicar á los protestantes. «Vosotros nacisteis ayer, podemos decirles, conocemos á vuestros padres, sabemos la fecha de vuestras iglesias, y ninguna relacion teneis con lo que os ha precedido. No sois pues la Iglesia de Jesucristo.»

La verdadera Iglesia debe de tener *autoridad*, porque fue establecida para enseñar á todas las gentes, esplicando las verdades reveladas que son el remedio de la herida que abrió en el entendimiento el pecado del primer hombre, y dispensando los sacramentos para curar con la gracia las llagas de la voluntad. La *autoridad* es un principio esencial de toda sociedad, porque la sociedad no resulta de la aglomeracion de los hombres, sino del orden que preside á esta aglomeracion. Todo orden social supone algunos principios fundamentales que no se discuten, sino que se aceptan de buena fé, sin lo cual la sociedad seria imposible. El principio de autoridad es el cimiento de toda reunion de hombres, y hé aqui por qué careciendo de él, tuvieron una existencia tan corta y agitada las naciones paganas. ¿Quién enseña sin estar revestido de autoridad? ¿quién podría ser castigado por no oír á la Iglesia, si la Iglesia no la tuviese? Que las iglesias de los sectarios no han tenido *autoridad* se deja conocer evidentemente por el hecho mismo de no haber adquirido prosélitos sino á fuerza de mucho trabajo, y de haber impuesto á sus neófitos una ley harto leve. Además vemos que han ido desapareciendo de la escena del mundo, disolviéndose en fuerza de su mismo principio. Porque ¿cómo puede obligarse á otro á que escuche con respeto lo que se le ense-

ña siendo así que se le ha dado el ejemplo de una rebelion contra la Iglesia en cuyo seno se vivia? Es preciso recargar mucho sobre el carácter que tiene el origen de las sectas: es decir, sobre la ninguna autorizacion con que un particular se levanta contra la Iglesia; sobre la novedad que establece y que dá motivo para que en pos de un novador que ha atacado un dogma, venga otro que destruya cuatro. Cuando una cuestion cualquiera no sale de las proporciones individuales, lleva en su seno un principio de muerte, porque lo meramente singular é individual no es subsistente. ¿Qué veis en Juan Huss, Lutero, Ronge, y demas cabozas de partido sino al individuo que se levanta contra las creencias de diez y nueve siglos, y se constituye juez de las generaciones pasadas y presentes? Todo es individual allí, porque los herejarcas juzgan por sí solos, terminan las cuestiones en virtud de propia autoridad, y en su nombre, nada mas, hablan á sus correligionarios. Pero una voz se gasta pronto! ¡un hombre solo hace poco bullo en el mundo! y si los que le han seguido han observado sus miserias, le abruman despues con dicterios y maldiciones. Luego ninguna secta puede tener *autoridad*.

Hé aqui por qué no tienen tampoco *unidad*; porque sin autoridad no hay unidad en la fé. ¿Cómo ha de haber unidad en efecto donde no hay una regla constante de creencias, que resuelva lo dudoso y aclare lo oscuro? ¿cómo ha de haber unidad donde el individuo es juez de su fé y de su moral? Toda vez que la Iglesia no es más que una idea, ó un principio, hablando con mas propiedad, se infiere evidentemente que el principio ha de ser uno, y que sus consecuencias nunca podrán ser tales que dejen de estar á él subordinadas. Esta es una observacion tan natural y evidente que nos escusa el hacernos cargo de las

palabras de Jesucristo en que habla de *un solo redil y un solo pastor*, y de las igualmente notables de San Pablo en que repite muchas veces estas otras, *in eodem spiritu, secundum eundem spiritum*, al hablar de la diversidad de ministerios y de gracias que hay en la Iglesia.

¿Tienen las sectas esta *unidad*? No: adulteran el principio, y de consecuencia en consecuencia han ido á caer en la mas espantosa anarquía. Asi es como se han disuelto y han desaparecido, unas tras otras, todas las antiguas y modernas religiones: se acabó el politeismo y está agonizando el protestantismo, al paso que la verdad católica atraviesa los siglos siempre nueva y siempre vieja, mas fecunda cuantos mas hijos cria y alimenta, sin que ni las persecuciones la acaben, ni las victorias la trastornen.

Ahora bien: ¿tiene la Iglesia católica la *antigüedad*, la *autoridad* y la *unidad* que debe de tener la verdadera Iglesia?

La Iglesia católica tiene la *antigüedad* que la verdadera Iglesia debe tener; y es fácil probarlo con la historia en la mano. ¿Contra qué Iglesia se levantaron los protestantes de Francia, Inglaterra y Alemania sino contra la católica? ¿Contra qué Iglesia se levantaron los donatistas y maniqueos? ¿Qué Iglesia era la que reunia concilios en el siglo XVI en Trento, en el XV en Florencia, en el XIV en Viena, en el XIII en Leon y Letran, en el IX en Constantinopla, en el V en Calcedonia y Efeso, en el IV en Nicea, y en el I en Jerusalem? ¿De qué Iglesia han sido pontífices San Pedro, San Clemente, San Evaristo, San Victor, San Cornelio, San Esteban, San Silvestre, San Dámaso, San Leon, San Gregorio Magno, San Eugenio I, y toda la serie de pontífices hasta Pio IX? ¿A qué Iglesia han pertenecido los Bernardos, los Tomases, los Buenaventuras, los Augustinos, los Gero-

nimos, los Ignacios de Antioquia, los Policarpas de Smirna y los Ireneos de Leon? Nos parece que bajo el punto de vista de *antigüedad* no puede atacarse á la Iglesia sin incurrir en la nota de ignorantes; por cuanto es un hecho que atestiguan los siglos.

Respecto de la *autoridad* de la Iglesia católica la misma historia la está demostrando. ¿Qué significan ese conjunto de definiciones, leyes y ordenanzas que forman la fé y la legislacion de la Iglesia, mas que la *autoridad* de que goza para enseñar, dirigir y castigar á los fieles? ¿Qué otra *autoridad* mas que la de la Iglesia católica ha condenado á los cerintianos, ebionitas, marcionitas, cuartodecimanos, sabelianos, arrianos, pelagianos, monotelitas, waldenses, albigenses, wiclelistas, luteranos, calvinistas, jansenistas y revolucionarios? Y no se nos diga, no, que esta ha sido una *autoridad* usurpada: porque no hay ninguna *autoridad* humana, usurpada ó no usurpada, que resista á la prueba de diez y nueve siglos entre los cuales ni uno ha habido en que la *autoridad* de la Iglesia no haya sido combatida, habiendo salido siempre triunfante sin mas armas y recursos que la persuasion. Si la Iglesia católica no tiene *autoridad*, ¿cómo al hablar un pobre anciano desde Santa Maria la Mayor bajan la cabeza muchos millones de fieles, de diferentes pueblos y condiciones? Si la Iglesia no tiene *autoridad*, ¿cómo se explica ese gran fenómeno de una obediencia universal aun en estos tiempos en que todo se discute?

Si volvemos los ojos á la *unidad*, es cosa que pasma el ver cómo en medio de tantas herejias y miserias y fragilidades y revoluciones y contratiempos y trastornos sociales, se crea todavia hoy *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*. ¿En qué consiste este maravilloso fenómeno? ¿En qué consiste que en medio de la inconstancia y orgullo del hombre, propenso á la novedad y á sacudir el

yugo de los dogmas que hieren su amor propio, se haya conservado *uno* el depósito de nuestra fé, de tal manera que creamos hoy lo mismo que se ha creído en los siglos anteriores? Causa, á la verdad, admiracion que habiéndose agitado tantas disputas en las escuelas católicas sobre puntos secundarios de la Religion, ó sobre el modo de esplicarlos, se haya conservado intacto el dogma; porque es preciso no olvidar que en las cuestiones suele irse mas lejos de lo que al principio nos proponemos. ¡Cuántas controversias no se han suscitado entre los doctores católicos! Sin embargo hoy es, hoy siglo XIX, siglo que se gloria de haber renovado la faz de la tierra, y hoy hablando de *Trinidad*, hablamos como San Atanasio, San Hilario y San Gregorio Nacianzeno: hablando de *Encarnacion*, usamos del mismo lenguaje que San Cirilo, San Agustin, San Leon y San Fulgencio: hablando del *Espiritu Santo*, tomamos el lenguaje de San Basilio y Didimo: hablando de la *Gracia*, usamos los mismos términos de San Agustin, de San Próspero y San Fulgencio; y á este modo en todo lo demas que se refiere á la esencia de la fé.

Es falso que en la Iglesia no haya estado permitida la discusion, y que á esto se deba su unidad de creencias. Los que estén instruidos en las ciencias eclesiásticas no podrán menos de observar que desde el siglo XIII especialmente apenas ha habido un punto sobre que no se haya disputado en las escuelas teológicas; pero como en la Iglesia habia *autoridad*, se ha conservado por lo mismo la *unidad*.

Estas indicaciones, que pueden servir de base para una razonada defensa de la Iglesia católica, y con cuyo objeto las consignamos, prueban que ella solamente es la única sociedad religiosa donde se conserva la verdadera doctrina de Jesucristo.

*Se vende en Madrid calle de Atocha número 100, á cuatro reales.—Al que tome doce ejemplares se da uno gratis.*